



## Espíritu

Las lecturas de este lunes santo, nos invitan a meditar sobre la palabra Espíritu. En principio, podríamos pensar que este tiempo de confinamiento de enfermedad, no sería el más adecuado para hablar del Espíritu, el Espíritu es más bien un viento huracanado, es una llama devoradora que rompe confines, que recorre los campos, las plazas. En el antiguo testamento, el Espíritu sopla para dar vida a toda la creación, está ya aleteando sobre las aguas, es un Espíritu de movimiento y luego se le ve abrir las aguas del mar rojo para que el pueblo salga y sea liberado, es el Espíritu de vida que vivifica los huesos muertos y les hace recobrar la salud plena. Y en el nuevo testamento tenemos pentecostés, el Espíritu que sopla donde quiere, envía a los apóstoles a predicar la palabra por todo el mundo y les va guiando como un protagonista.

En este tiempo de coronavirus uno diría: “Bueno aquí el Espíritu no parece estar muy presente, es una enfermedad, además, que impide respirar, impide apropiarse del soplo que según la biblia es un signo del Espíritu que Dios da al hombre. Dice el Salmo: “Retiras tu aliento y expiran y vuelven a ser polvo.” Podríamos decir “se esta retirando de nosotros el Espíritu, este soplo vital que Dios da y que esta simbolizado precisamente por la respiración.”

Tal vez sea tiempo para aprender una presencia nueva y un don nuevo del Espíritu que es suyo muy particular porque a Él corresponde guiar toda la historia de la salvación hacia el Padre, del Padre al Padre, adaptándola a Cristo y esto sucede también en la enfermedad y en el sufrimiento de un modo muy singular.

De hecho el lunes santo nos trae en la primera lectura al Espíritu que desciende sobre el siervo de Dios, Dios lo ha puesto sobre Él y es Cristo que va a sufrir en la pasión y luego en el evangelio aparece la unción en Betania, cuando María de Betania unge los pies de Jesús con aquel perfume tan costoso, rompiendo el frasco, y llenándose toda la casa del olor de aquel perfume; esta unción es también un símbolo del Espíritu y por tanto si aparece aquí en la pasión es porque el Espíritu tiene un papel muy fuerte e importante en el dolor de Jesús y lo tendrá también en el nuestro. El viento y el fuego del Espíritu actúan ahora, tal vez más como una brisa suave, tal vez más como una brasa que va poco a poco emitiendo su calor potente.

Nos puede ayudar la relación entre el Espíritu y el sacrificio que es la clave para entenderlo. En el antiguo testamento, los sacrificios necesitaban un fuego, se encendían con un fuego y este fuego no lo encendía el hombre, sino que venía siempre de Dios. Recordáis el profeta Elías cuando quiere ofrecer un sacrificio en combate con aquellos profetas falsos que adoraban a su Dios: Balaán. Elías le pide al señor que envíe fuego y queme aquel sacrificio de bueyes que él mismo había llenado de agua para que se viera claramente que el fuego viene de Dios, no es suyo. Sabemos también que, en el templo de Jerusalén, el fuego con el que se encendían los sacrificios, era una llama perpetua que se iba transmitiendo de generación en generación y que según la tradición había sido encendida por el mismo Dios; esto lo que quería decir es que el sacrificio no es un don del hombre a Dios sino de Dios al hombre; no es el hombre el que hace algo por Dios sino Dios que le permite al hombre entrar en relación con Él. El hombre solo no puede ofrecer un sacrificio porque el sacrificio nos relaciona con Dios y uno no puede relacionarse con Dios si Dios no le abre su corazón, si no le tiende su mano; Esto se ve muy claro en los sacrificios de alabanza cuando agradecemos a Dios un don suyo, está claro que Él ha empezado, que Él nos ha regalado su don y agradeciéndole en un sacrificio, de comunión con Él, el don que nos ha dado. Aquí está claro que empieza con Él, pero también en el dolor pasa algo parecido, en el ofrecimiento del dolor, es decir, en estos sacrificios en que expiamos, en que ofrecemos a Dios el sufrimiento para que Él nos purifique. Pues necesitamos un don de Dios para que nuestro dolor no se cierre en sí mismo, para que no nos enclaustre en nosotros mismos. El dolor tiene esa fuerza de hacernos volver sobre nosotros, a incurvarnos, una fuerza centrípeta que al final no nos abre. Y para que ese dolor se pueda transformar en amor hace falta la acción de Dios,



para que se transforme en amor el dolor o para que sea la ocasión de que surja el amor, y se abra más allá de sí y se haga un dolor fecundo.

San pablo dice que el Espíritu precisamente es el que gime con gemidos de parto, con dolores de parto, esperando la redención del cuerpo. Entonces, también gime nuestra enfermedad, esperando la sanación y gime nuestra sociedad en este tiempo difícil, gime nuestra sociedad pidiendo ayuda a Dios para que vuelva a vivificar las relaciones y nos permite otra vez entrar en comunión. Gracias al Espíritu, el dolor mismo se hace oración, es difícil rezar en este tiempo ¡Sí!, es difícil rezar a un enfermo, es difícil rezar porque falta la capacidad de concentrarse, hay muchos miedos, angustias; el dolor mismo se puede hacer oración y rezamos al ritmo del ofrecimiento del dolor y así el Espíritu va conduciendo el mundo hacia su plenitud. La carta a los hebreos tiene muy presente esta cuestión cuando dice que Cristo se ofreció a sí mismo en virtud de un Espíritu eterno, es decir, Cristo se ofreció al Padre por nosotros y se pudo ofrecer porque el padre envió desde el cielo su Espíritu, su amor, para que el dolor y la muerte de cristo se convirtieran en el acto supremo de caridad del hijo que se ofrece al padre.

Santo Tomás de Aquino tenía una pregunta en la que dice: ¿Cómo puede entenderse que el Padre entrega a su Hijo? y responde Santo Tomás que: “El Padre entrego al Hijo en cuanto que le inspiró la caridad en el corazón” - y la caridad viene del Espíritu- “para que el hijo se entregara voluntariamente por nosotros.”

Al narrar esta unción en Betania, San Juan el evangelista nos dice que “toda la casa se llenó de aquel perfume, de aquel frasco.” Pues bien, en la pasión, en esta semana santa que estamos viviendo, tan particular porque tan realista, Cristo va a romper el frasco del Espíritu de amor para que ese Espíritu llegue hasta los confines de la tierra y para que llegue a todos nosotros para que podamos transformar el dolor en dolor salvífico en amor. En este tiempo de cuarentena ofrecemos cada día la enfermedad, la pena por nuestros difuntos, el cuidado de los hijos, el esfuerzo de teletrabajar, la inquietud del paro, de las dificultades económicas y pedimos que este coronavirus sea también tiempo del Espíritu para que nuestro sufrimiento arda con la braza de este amor.